

1

Hace ya una década escuché a un hombre decir que llevaba sesenta años enamorado de la misma mujer. «¡Qué suerte!», pensé yo. Porque hoy en día, y sin contar una hipoteca importante, ¿qué dura sesenta años? Prácticamente nada.

Creo que siempre tendemos a ver mejor las vidas ajenas que la nuestra propia, así que cuando aquel señor dijo suspirando “Ojalá ella lo hubiera sabido”, me sorprendió.

Aquel hombre, rozando ya los ochenta años, concentró la mirada de sus penetrantes ojos azules en el cigarrillo que sostenía entre los dedos índice y corazón y, mientras sacaba del bolsillo su mechero, se dispuso a contarnos la historia de su vida.

Se llamaba Nicholas. De madre española y padre francés, ambos ateos convencidos, estudió en un colegio profundamente católico, en el cual tuvo muchos problemas por expresar públicamente su falta de fe, -algo que corrigió con años y castigos-. Pese a que sus padres no pudieron darle la capacidad de creer en ningún Dios, sí que pudieron darle una infancia feliz y unos principios morales muy diferentes a los que, en ese país y en esa época, eran tomados por correctos.

Llegando prácticamente al final de su adolescencia, la guerra atravesó uno de sus momentos más críticos. Alemania necesitaba aliados y España envió un grupo de soldados, que abandonaron su país el día veinticuatro de junio de mil novecientos cuarenta y uno. Pese a que este grupo, la División Azul, estaba formado por soldados voluntarios que luchaban por todo lo que Nicholas detestaba, éste se acercaba ya a la edad reglamentaria para entrar en el servicio militar obligatorio español (la mili, como lo tradujo él), y un miembro del ejército, -del cual no nos dio el nombre-, le dio a entender que si iba en aquel pelotón en apoyo de la Alemania nazi, las deudas de sus padres quedarían íntegramente perdonadas. Me ahorraré los detalles legales, -e ilegales-, que nos contó sobre su alistamiento y pasaré directamente a como conoció a Tessa.

A pesar de que su alistamiento estaba cerca, Nicholas continuaba trabajando cuatro días a la semana como recadero en la tienda más importante de su pueblo. Justo al lado de esa tienda, había un alojamiento muy popular entre las personas de paso: una pequeña posada, regentada por un matrimonio que llevaba toda la vida viviendo allí y que, gracias a las idas y venidas de los turistas que frecuentaban aquellas tierras, había conseguido tener una buena posición económica. La mayoría de los niños de la época habían estado poco tiempo -o ninguno- en el colegio, pero este matrimonio tenía dos niñas pequeñas (Sara y Gracia, de ocho y nueve años

respectivamente), y quiso usar su recién adquirida posición para conseguir una institutriz para ellas.

Y, a partir de aquí, me parece prudente citar literalmente a Nicholas, para no mezclar mis propios sentimientos respecto a esta historia con los suyos.

“El día que Tessa llegó al pueblo estábamos en fiestas. Las cosas seguían mal por la guerra, pero al menos en aquellas fechas teníamos un descanso. Volví a hacer unos recados para el dueño de la tienda cuando la vi llegar con una maleta en cada mano, el pelo recogido y una sonrisa educada en los labios. Pasaron más de seis horas antes de que la pudiera volver a ver al salir de la posada y pudiera invitarla a un paseo por el pueblo, —lo cual no sirvió de mucho, porque declinó mi oferta—, pero ese día le vi hacer algo por primera vez que en el tiempo que le dieron para instalarse y adaptarse al pueblo, apenas dos semanas, y en el tiempo que pasó dando clases, haría mucho: leer.

Cuando ya llevaba dos meses a cargo de esas niñas (y yo todo lo que había conseguido era saber que se llamaba Teresa Carvajal), salí en autobús en dirección a una ciudad cercana, donde debía recoger algunos productos por orden de mis jefes. Algunas horas más tarde, cuando regresaba al pueblo, vi en la carretera a la señorita Carvajal que, sentada en una roca, miraba constantemente a su alrededor, por lo que decidí bajarme en aquel momento y ofrecerle mi ayuda.

—Disculpe, ¿necesita ayuda? —le pregunté.

Ella me miró como si no me conociera de nada —lo cual era perfectamente comprensible porque no me recordaba— y, después de aclararle quién era, me respondió:

—Me he torcido el tobillo. No es nada, no se preocupe. —Y después, en voz baja, añadió—: Todo nos resultaría mucho más sencillo a las mujeres si pudiéramos llevar el mismo calzado que ustedes, los caballeros.

Yo sonreí, incrédulo. Una mujer con pantalones ya era algo muy moderno, ¡no quería ni imaginar la reacción a un cambio de vestuario tan radical!

—Venga, la acompañaré hasta el pueblo.

Dejé que apoyara su peso en mí y nos pusimos a andar. El trayecto no era corto, así que tuvimos tiempo para hablar de prácticamente todo, pero cuando llegamos a la puerta de la posada, cayó en la cuenta de que no nos habíamos presentado, a lo que respondí que me llamaba Nicholas L'Évêque y ella hizo lo propio diciéndome su nombre y apellido.

—¿Entonces puedo llamarla Teresa?

Amable pero segura, me respondió que no.

—¿Y qué tal Tessa?

—No, señor L'Évêque, no —me respondió sonriendo.

—Está bien, me rindo —dije alzando las manos mientras me daba la vuelta, y me despedí—: Que tenga un buen día, Tessa.

Creo que mi testarudez sumó puntos a mi favor, porque a partir de entonces siempre que iba con los niños me sonreía y saludaba con la cabeza, y cuando iba sola se paraba a hablar conmigo ante la atenta mirada de más de un chico del pueblo, llamándome por mi nombre y olvidando los formalismos.

Debo reconocer que no sé si tres meses son, por regla general, suficientes para enamorarse, pero debo decir que a mí me bastaron.”

A partir de aquí, dejaré la cita a Nicholas y seguiré contando la historia a mi manera.

Nicholas nos habló de un día en el que se celebraba un baile en la plaza del pueblo. Dijo que recordaba que mientras todos bailaban, él se encontró a Tessa sentada, bebiendo un café y con un libro y un cuaderno abiertos sobre la mesa de la terraza. Le preguntó si quería bailar y, aunque en un primer momento ella respondió que todo lo que tuviera que ver con el baile no era para ella, acabó aceptando y dejando sus estudios olvidados sobre la mesa. Obviaré los detalles románticos sobre aquel primer beso, porque aquello es algo que solo les pertenece a ellos y, en mi opinión, así debe continuar.

Pese a la extendida costumbre de comprometerse pasados tan solo unos meses de noviazgo, Teresa y Nicholas llevaban ya siete meses cuando la familia de él empezó a preguntarse por qué no daban ese paso. Nicholas no me lo dijo, pero sospecho que él mismo también se lo preguntaba, y que la respuesta tenía mucho que ver con la independencia que Teresa había demostrado siempre. La cuestión es que los meses pasaban y se acercaba la fecha del alistamiento en la División Azul y, con ella, el viaje de Nicholas a una Alemania controlada por Adolf Hitler. Las clases de Tessa marchaban muy bien e incluso había recibido cartas de familias adineradas en la capital, requiriendo sus servicios. Tal y como me dijo Nicholas, todo parecía ser perfecto, pero había algo que le molestaba; un pensamiento que no se quitaba de la cabeza y que, por más que intentaba olvidar, siempre volvía para molestarle. ¿Qué iba a pasar con su relación y con Teresa? Nicholas, con sus principios morales y su buena fe, se dio

cuenta de que no podría dejarla allí esperando a alguien que tal vez nunca volvería, así que se dijo a sí mismo que lo único que podía hacer era acabar con aquello y en marzo, en un bonito día en el que el sol brillaba después de una semana de intensas lluvias, le dijo a Teresa que aquello no podía continuar, y le dejó entrever sus motivos, cosa que no hizo más que enfadarla. Así que cuando, una semana más tarde, ella fue a pedir explicaciones y a intentar hacerle cambiar de parecer, él le dijo que no la quería; que ya no sentía nada por ella.

Junto con veinte chicos más de los pueblos de alrededor, el día veinte de junio de mil novecientos cuarenta y uno partió para Madrid, donde se encontró con centenares de voluntarios más que, durante los siguientes tres años, serían sus compañeros de batalla.

Según Nicholas, Alemania era, o al menos eso le pareció durante la Guerra, un lugar frío y, sin ánimo de ofender a ningún alemán, un país feo. Pese a que no defendía los ideales de su bando, sí aceptó que había matado para protegerse y, mientras me lo confesaba, pude ver que era algo con lo que había cargado toda su vida y que le perseguiría hasta el último de sus días.

Volvió el verano de mil novecientos cuarenta y cuatro a su pueblo natal, después de tres años de guerra sin descanso, con miles de recuerdos malos y con una cojera de por vida en la pierna derecha. Nada más llegar, su padre le dijo que Teresa, después de dos años y algunos meses, se había marchado para dar clases en un gran internado, pero no había dejado dirección ni ningún medio para contactar con ella.

El resto de sus años los contó rápidamente, sin pararse demasiado: se había trasladado a una ciudad más grande, donde cursó los estudios de enfermería que le darían el pan el resto de su vida y en la que vivió durante veinte de años, criando al hijo de su prima, que había tenido que abandonar el país a los pocos años de volver él de la guerra.

Cuando terminó la historia, había fumado cinco cigarrillos y el sol había desaparecido tras las casas que rodeaban a la suya propia. La mirada de aquel hombre se había apagado conforme el relato avanzaba y ahora miraba el mechero, absorto en sus pensamientos y sin ningún ápice del buen humor con el que nos había recibido en un primer momento.

—¿Por qué la dejó? —le preguntó uno de mis compañeros.

—Era lo correcto.

No mentiré; podía entenderlo. Podía imaginarme a aquel hombre, con el corazón roto, sabiendo que no podía hacerle aquello a la persona a la que amaba.

—¿Y por qué no la buscó al volver? —le pregunté entonces.

Nada más hacer la pregunta, supe que la respuesta era que no era capaz de interrumpir su vida de nuevo, tras todo el daño que le había hecho. Pareció salir de su trance, apagó el cigarro en el cenicero y me sonrió con tristeza, dándose cuenta de que ya conocía la respuesta. Después, respondió:

—¿Sabes por qué me gusta tanto Shakespeare? Creo que es el único escritor que entendía que hay cosas, por muy bellas que sean, que son imposibles.

A.A.Rodgers